

Fascism. The Career of a Concept

Paul E. Gottfried

DeKalb, Northern Illinois University Press, 2016.

256 pp. \$45.00

Fascist Interactions. Proposals for a New Approach to Fascism and its Era, 1919-1945

David D. Roberts

Nueva York y Oxford, Berghahn, 2016

330 pp. \$120.00

El concepto de fascismo

Stanley G. Payne

18 enero, 2017



Medio siglo largo después del final de la era fascista en 1945, el fascismo sigue estando presente como término, si bien no como un concepto coherente. Jamás en la historia un fenómeno político completamente erradicado ha permanecido tan vivo en la imaginación de sus potenciales adversarios. Durante más de setenta años, periodistas y comentaristas políticos han buscado asiduamente un resurgimiento de alguna forma de neofascismo, y posteriormente los historiadores profesionales empezaron a unírseles en esta empresa perpetuamente decepcionante. La agitación más reciente en este sentido se produjo durante la campaña presidencial estadounidense de 2016, cuando los periodistas acosaron a los especialistas académicos, incluido este reseñista, con una pregunta que no dejaba de repetirse: «¿Es Donald Trump un fascista?» Los resultados de esta búsqueda constante de un nuevo fascismo han sido sistemáticamente negativos. Cuando se identifica un nuevo fenómeno político de una cierta importancia, resulta no ser genuinamente fascista. Si la novedosa entidad guarda algún tipo de genuino parecido con el fascismo histórico, resulta ser ?en parte por ese motivo? nimio e insignificante.

El fascismo fue difícil de comprender desde sus orígenes en 1919. Ello no se debió a su radicalismo y su violencia, ya que por aquel entonces Europa estaba plagada de nuevos fenómenos políticos radicales y violentos, encabezados por el incipiente régimen soviético. El fascismo, sin embargo, se asemejaba al comunismo en su violencia y su autoritarismo, pero resultaba, por el contrario, único en su compleja combinación de características, que no eran claramente ni de izquierdas ni de derechas. Fue el único tipo de movimiento político genuinamente nuevo que surgió de los escombros de la Primera Guerra Mundial y no contaba con ningún predecesor claro. Confundió a los observadores, pero adquirió muy pronto una prominencia histórica mundial y desencadenó el conflicto individual más destructivo que había conocido la historia. Aun después de que concluyera del todo, el fascismo siguió resultando difícil de aprehender como fenómeno y como concepto. A partir de 1945, y durante

dos décadas, el estudio del fascismo se limitó a historias nacionales y trabajos monográficos sobre movimientos concretos.

El verdadero «debate sobre el fascismo» no empezó a producirse hasta después de haber transcurrido casi una generación, iniciado por *Der Faschismus in seiner Epoche* (*El fascismo en su época. Action française, fascismo, nacionalsocialismo*, trad. de María Rosa Borrás, Barcelona, Península, 1967), de Ernst Nolte, el primer estudio comparado, y el breve *Varieties of Fascism*, de Eugen Weber, aparecidos ambos originalmente en 1964. Los dos se mostraron de acuerdo en que existía algo parecido a un «fascismo genérico» (del que Nolte proporcionó una breve definición filosófica), pero también que se trataba de un fenómeno político extremadamente pluriforme, con manifestaciones muy diferentes en diversos países. Nolte, concretamente, concluía que había definido toda una era, la «era del fascismo», que concluyó en 1945, que había dependido de fuerzas históricas peculiares de ese período y que no era probable que el fascismo histórico reapareciese en el futuro. Más que constituir una forma o concepto recurrente, como el socialismo, por ejemplo, era característico exclusivamente de una época política determinada.

El debate sobre el fascismo prosiguió hasta los años noventa y luego pareció decaer brevemente hasta que aparecieron otras obras importantes poco después del cambio de siglo. Se ocupaban de movimientos y regímenes fascistas concretos, pero también de problemas relacionados con el concepto «genérico». Durante todo este proceso cambiaron el entendimiento y la interpretación del fascismo y hubo un acuerdo cada vez mayor sobre la idea de que el fascismo, o sus movimientos constitutivos, tenía realmente una ideología específica, que ocupaba su propio espacio político autónomo (no meramente como el «agente» de alguna otra fuerza), que no era necesariamente «antimoderno» y que constituía un movimiento revolucionario interclasista. En una nueva antología que publicó en 1998 (*International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*), Roger Griffin, uno de los mejores estudiosos jóvenes de cuantos surgieron en el curso de esta discusión, pudo presentar confiadamente un «nuevo consenso», aunque no todo el mundo se mostró de acuerdo. En el nuevo siglo, el debate se vio renovado por otros estudiosos, con libros tan notables como *Fascists* (2004), de Michael Mann, el mejor libro de sociología política en este ámbito, el extraordinariamente original *Fascism and Modernism* (2007), del propio Griffin, y la antología fundamental *Comparative Fascist Studies. New Perspectives* (2010), de Constantin Iordachi, con un importante trabajo adicional firmado por el editor. Con la ayuda de Matthew Feldman, Griffin publicó también, en cinco volúmenes, *Fascism* (2004), una voluminosa colección de textos, estudios e interpretaciones fundamentales para la comprensión del fenómeno.

El fascismo se asemejaba al comunismo en su violencia y su autoritarismo, pero resultaba único en su compleja combinación de características

A finales del siglo XX, los «estudios fascistas» se habían consolidado como un campo propio de la historia europea y comparada. Para entonces, casi todas las principales figuras de las tres primeras décadas del debate original bien habían muerto, se habían jubilado o se habían trasladado a territorios de investigación más novedosos. En el siglo actual ha surgido otra generación de estudiosos y, después de transcurridos algunos años, empezaron a buscar su propio nicho, no ofreciendo nuevas obras importantes que cuestionaran las ideas ya establecidas en este campo y que

fueran equivalentes a las de sus predecesores, sino buscando ángulos concretos de interpretación novedosos y apelando a «nuevas aproximaciones» a su objeto de estudio. Defendían que el análisis y la interpretación del fascismo habían pasado a ser demasiado rígidos y esencialistas, demasiado estrechos y centrados en grandes movimientos concretos e historias nacionales muy definidas, y reclamaron una mayor atención a las «interacciones». Estas incluían también en ocasiones los característicos nuevos énfasis finiseculares en el «giro lingüístico», el análisis de género, los nuevos modos de estética, etc. Otra demanda importante fue reclamar una mayor atención a los «fascismos menores», aunque prácticamente el único crítico nuevo que realizó una contribución original y decisiva al estudio de uno de estos últimos fue Constantin Iordachi en su *Charisma, Politics and Violence. The Legion of the Archangel Michael in Interwar Romania* (2004). No negaron necesariamente la validez de un concepto de «fascismo genérico», pero sí que criticaron interpretaciones anteriores no como falsas, sino como, en diversos sentidos, inadecuadas, aunque sin ofrecer ninguna alternativa muy convincente o significativa en términos de nuevos estudios comparados sistemáticos y completos. Estas reivindicaciones fueron particularmente útiles para justificar nuevas conferencias académicas y para reforzar carreras profesionales.

Los dos libros aquí reseñados de Paul Gottfried y David Roberts constituyen un refrescante contraste, ya que nos ofrecen los mejores estudios interpretativos sobre el fascismo que han aparecido hasta el momento en esta segunda década del siglo, aunque constituyen dos tipos de trabajos muy diferentes. A Gottfried no le preocupa el campo de los estudios fascistas, sino que acomete un análisis nuevo desde el punto de vista de la más amplia historia intelectual como una investigación sobre el carácter político y el concepto de fascismo, cómo se ha entendido y explicado ese concepto, y en qué términos puede aplicarse con utilidad. El libro de Roberts, por su parte, representa un intento de expandir el análisis del fascismo comparado en las nuevas direcciones ensayadas o, más a menudo, simplemente demandadas, por parte de algunos de los estudiosos que se han ocupado más recientemente de este ámbito. Su formación y su enfoque son muy diferentes, ya que Roberts ha dedicado una carrera jalonada de éxitos a la «fascistología», que abarca ambos siglos y que se ha traducido en contribuciones decisivas al estudio, fundamentalmente, del fascismo italiano y el totalitarismo, mientras que Gottfried es un distinguido especialista en la moderna historia cultural e intelectual de Europa Occidental y Estados Unidos.

Roberts dedica la primera parte de su libro a un examen de la «nueva intranquilidad» entre los antiguos «fascistólogos» del siglo XXI, llevando a cabo un juicio crítico de las críticas y alternativas que ofrecen, resaltando en algunos casos su artificialidad, inexactitud e incluso la introducción ocasional de nuevos «esencialismos». Su tercer capítulo se dedica de manera muy útil al «giro transnacional» (un término sofisticado para un mayor estudio comparado y para que se preste más atención a las influencias recíprocas, especialmente en relación con los «fascismos menores»), pero también a ciertas categorías y distinciones básicas que son vitales para el análisis del fascismo.

La segunda sección se titula «Modos de interacción en cada época» y, con relativo éxito, sugiere cómo el entendimiento del fascismo puede ampliarse y enriquecerse planteándose nuevas preguntas y considerando aspectos que siguen estando infradesarrollados. Roberts no invoca meramente, sin embargo, las abstracciones y generalizaciones frecuentemente expresadas por sus colegas, sino que presenta una cuidadosa crítica de las investigaciones más importantes llevadas a cabo en las dos

últimas décadas, señalando cómo esto suele requerir un análisis ulterior, pero también puede ofrecer nuevas perspectivas capaces de ulteriores desarrollos. Esto se divide en cuatro secciones: nuevos estudios de las relaciones de los movimientos fascistas con las fuerzas derechistas y la clase política dominante dentro de cada país, interacciones internacionales e influencias mutuas entre movimientos fascistas, su interacción con las democracias liberales y, finalmente, el tema de la «línea divisoria izquierda-derecha» y la cuestión ininterrumpida del totalitarismo.

La última parte ofrece «Algunas recomendaciones provisionales». Roberts vuelve a advertir aquí de los peligros de una aproximación teleológica y de interpretar la historia exclusivamente con el beneficio de una perspectiva a posteriori que no consigue tener en cuenta la apertura y las alternativas que parecían disponibles en tiempos de un rápido flujo. También critica a los nuevos estudiosos por llevar a cabo una reificación continuada y excesiva en algunos casos y por no reconocer plenamente «la vacuidad, la ilusión y los castillos en el aire» que caracterizan la empresa fascista. Roberts ofrece a continuación sugerencias para proseguir el análisis del fascismo en los casos de Italia y de los principales «fascismos menores». Observa que los conceptos de «hibridación» y «fascistización» para los países en que los principales movimientos fascistas no consiguieron ser dominantes puede dar lugar simplemente a nuevas rigideces y potenciales reificaciones sin explicar necesariamente nada. Todo estudio serio del fascismo genérico, por su propia definición, requiere y acude al análisis comparado. Cuando los nuevos críticos reclaman mayor atención a los movimientos menores, deben cuidarse de establecer nuevas categorías de abstracción en lugar de avanzar en las investigaciones o llevar a cabo análisis más agudos.

Medio capítulo entero se dedica al tema del totalitarismo, sobre el que Roberts ha escrito uno de los análisis más lúcidos: *The Totalitarian Experiment in Twentieth-Century Europe. Understanding the Poverty of Great Politics* (2006). Subraya que sigue tratándose de una herramienta interpretativa crucial, aunque no en cuanto reificación del totalitarismo como una «cosa» o una realidad plenamente completada en cualquier régimen. Roberts defiende más bien que debería concebirse «como una aspiración novedosa, una dirección para la práctica y una dinámica característica», aunque nunca como una realidad plenamente consumada. Así, «una noción apropiadamente reformulada del totalitarismo nos proporciona nuestro mejor medio para diferenciar entre los nuevos fenómenos en la Derecha», más claro incluso a este respecto que el concepto o la realidad parcial de revolución.



El penúltimo capítulo se ocupa de la cuestión esencial de si el fascismo debería verse fundamentalmente como el fruto de una «época», tal y como concluyó originalmente Nolte, limitado a la Europa de entreguerras, o, en diversas permutaciones, podría volver a trastocar asuntos contemporáneos o futuros. Roberts (al igual que veremos más abajo con Gottfried) se muestra de acuerdo con Nolte y defiende que las permutaciones que se producen en los candidatos a neofascismos contemporáneos son, de hecho, tan amplias que desproveen al término de todo significado. El fascismo formó parte de un «campo de fuerzas superpuestas» en el período de entreguerras cuyo alcance completo exige ulteriores estudio y análisis, pero el fascismo propiamente dicho adquirió una forma característica, aunque una forma difícil de encerrar en cualquier sencilla definición. Las aproximaciones formularias suelen pasar por alto la «vacuidad» y el «carácter efímero» de este tipo de movimientos y sus doctrinas, cualidades que ayudaron a lograr una autodestrucción única entre las grandes fuerzas políticas modernas. Considerado en su conjunto, este volumen es notable por su lucidez y precisión intelectual, ya que ofrece un análisis sin precedentes del estatus del estudio del fascismo en el siglo XXI, y de nuevas alternativas que perseguir.

Paul Gottfried se acerca al fascismo desde la perspectiva crítica de alguien con una profunda formación en aspectos fundamentales del pensamiento político moderno. Le preocupa, en primer lugar, el problema perpetuamente escurridizo de la definición del término y, a renglón seguido, el concepto o el entendimiento del fascismo por parte de los seguidores de los movimientos fascistas. El uso y abuso del concepto de fascismo constituye el centro neurálgico de este estudio, especialmente el modo en que ha sido comprendido y empleado por los autoproclamados antifascistas. Gottfried defiende que, en el discurso político contemporáneo y en la referencia histórica popular, la mayor parte del fascismo histórico ha desaparecido de vista, de modo que cuando se menciona el fascismo, el término hace referencia casi siempre al nazismo, que sigue siendo el «otro» más popular en el

discurso y el entretenimiento del siglo xx. Los yihadistas islámicos trabajan con diligencia para conseguir un estatus idéntico, pero no han alcanzado en su conjunto ese nivel de eminencia, en parte debido al estudiado intento de los políticamente correctos, de Barack Obama para abajo, de negarles una posición oficial y equivalente.

En el sentido más amplio, por supuesto, «fascista» es simplemente el término del que más se abusa popularmente y su uso indica únicamente que, sea lo que sea a lo que haga referencia, «desagrada» al que lo pronuncia, como dice Gottfried. De ahí que periodistas y comentaristas hayan recurrido de inmediato a aplicar la palabra que empieza por «f» a Donald Trump, aunque a veces han admitido que realmente no sabían qué era lo que podría significar. Al nivel más común del discurso izquierdista, «fascismo» suele implicar meramente «no lograr estar en consonancia con los cambios introducidos mucho después de la Segunda Guerra Mundial». La trivialización es absurda, pero habitual.

Gottfried acepta la categorización de «fascismo genérico» sólo a un nivel muy alto de abstracción, pero, más fundamentalmente, concluye que el nacionalsocialismo era tan diferente del fascismo italiano y de otros fascismos en su carácter, doctrina y significación histórica que incluirlos a todos en la misma categoría taxonómica supone incurrir en una buena dosis de distorsión. En esto se muestra de acuerdo con Nolte, el pionero de los estudios fascistas comparados, y, en realidad, con los historiadores alemanes en general. Para Nolte, el nacionalsocialismo fue único tanto en sus características fundamentales como en su radicalismo y destructividad, permaneciendo como una «línea fronteriza» en su relación con el fascismo genérico, mientras que los historiadores alemanes han tendido a verlo por regla general como relativamente único y desde los tempranos logros de Nolte han hecho sólo contribuciones algo limitadas a los estudios fascistas comparados.

«Fascista» es el término del que más se abusa popularmente y su uso indica únicamente que, sea lo que sea a lo que haga referencia, «desagrada» al que lo pronuncia

El nazismo tuvo una importancia histórica decisiva para Europa y el mundo, mientras que el fascismo en general tuvo una relevancia muy secundaria, hasta el punto de que, ausente el nazismo, apenas podría haberse dado una «era fascista». Gottfried prefiere utilizar el término para referirse a la mayoría de los restantes movimientos (que raramente fueron regímenes), aunque sin insistir en ninguna definición rígida, y coincide con otros estudiosos para los que el fascismo fue estrictamente un fenómeno asociado a una época concreta, confinado esencialmente a la Europa de entreguerras, tras lo cual las condiciones se vieron alteradas de una forma tan drástica como para imposibilitar el desarrollo de cualquier movimiento posterior con las mismas características, especialmente en Europa. Esto no significa negar la existencia ocasional de grupos y cultos diminutos, que han existido y seguirán existiendo en distintos lugares.

Gottfried también se muestra de acuerdo en que el fascismo fue un movimiento revolucionario, pero disiente de quienes defienden que esta cualidad lo llevó más allá del espectro izquierda-derecha. La línea divisoria entre derecha e izquierda descansa nominalmente en los temas del igualitarismo y el cosmopolitismo, en el rechazo del mito del progreso y en el énfasis fascista en «la particularidad, la

política identitaria y la jerarquía». La postura fascista en estos temas fundamentales revela que el fascismo fue una forma peculiar de la derecha, el único sector que era «revolucionario», y aquí podría añadirse revolucionario como algo distinto de ser simplemente radical. Durante la era del fascismo hubo varias expresiones diferentes de una derecha radical, pero todas ellas buscaban bien preservar o revivir instituciones tradicionales y todas ellas carecieron de las características revolucionarias, y en ocasiones de los logros revolucionarios, del fascismo. Se trata de una conclusión razonablemente convincente, aunque posteriormente la izquierda abrazaría con fuerza sus propias formas de particularismo y política identitaria.

Sin embargo, aunque el fascismo no ha de confundirse simplemente con la derecha conservadora o incluso radical, su empuje revolucionario fue tan grande que en su conflagración final se llevó también por delante en su caída a la derecha más dura. Gottfried observa acertadamente que desde 1945 la vida política del mundo occidental ha tendido casi exclusivamente hacia la izquierda. Lo que pasa incluso por «conservadurismo», mucho menos la derecha dura, es simplemente una forma conservadora o moderada de liberalismo, incluso de parte de socialdemocracia, y todos los esfuerzos por revivir la derecha como una fuerza significativa y separada han fracasado y las disputas políticas se producen casi exclusivamente entre formas de liberalismo moderado y una izquierda más «avanzada».

Aunque discrepa de aspectos del cuasiconsenso desarrollado en los estudios fascistas, una parte significativa del libro de Gottfried se dedica a la «carrera» del concepto desde 1945 y el papel que ha tenido la idea del fascismo en un mundo posfascista. El concepto inicial fue definido con fines políticos por la Comintern en 1923, la primera organización política no italiana en levantar el estandarte del «antifascismo», y posteriormente por medio de su práctica habitual de refundir y/o, de manera más frecuente, confundir deliberadamente todo tipo de fenómenos diferentes con el fascismo. Por ese motivo, los auténticos antifascistas fueron mucho más numerosos que los fascistas, incluso en pleno esplendor de la «era fascista», por lo que constituye un error confundir la pujanza de la Alemania nazi con cualesquiera nociones de una atracción extremada y ampliamente difundida por el fascismo que, en la práctica, jamás existió.

Fue el triunfo político de Hitler en Alemania en 1933 el que aumentó considerablemente el atractivo del fascismo en otros países, como en España, por ejemplo, fomentando la creación de Falange Española pocos meses después. Sin embargo, el entusiasmo inicial no duró en la gran mayoría de las entidades políticas europeas, y el crecimiento del antifascismo fue, en general, mayor. A la izquierda produjo un pronunciado cambio en la táctica comunista, hacia el Frente Popular, así como una imitación creciente de la línea de la Comintern, subsumiendo una amplia variedad de fuerzas políticas en el fascismo. En España, a partir de los meses finales de 1933, la izquierda tildó a todo, desde el centro-derecha y más allá, de sencillamente «fascista». En 1935, tanto la política soviética como la de la Comintern se habían envuelto en la bandera del antifascismo, fundamental para la línea comunista a partir de ese momento, exceptuado el bienio de 1939 a 1941. Durante esos breves años, Stalin fue un aliado de Hitler y, de acuerdo con la teoría de la propaganda, eximió al nacionalsocialismo de la categoría de fascismo. Desde 1941, y hasta el final mismo del régimen soviético, el antifascismo, casi tanto como el marxismo-leninismo, fue el sustento propagandístico del soviétismo. Fue siempre útil para ganar apoyos para el soviétismo entre los moderados antifascistas que, de otro modo, no

habrían prestado nunca probablemente su ayuda. Además, el antifascismo en su sentido amplio fue la base de la más poderosa alianza militar internacional de la historia mundial, de 1941 a 1945, aunque el antifascismo, ya sea como una fuerza genuina o como un argumento propagandístico, ha recibido mucha menos atención en la historiografía de la que ha suscitado el fascismo. Esto resulta aún más sorprendente dada la prominencia del antifascismo en la doctrina y la propaganda políticas desde 1945.



Gottfried dedica un capítulo de treinta páginas al «Fascismo como el pasado sin conquistar», en el que estudia el fascismo en la teoría y la propaganda izquierdistas. Lo sustenta no en la propaganda de la Comintern, que fue siempre oportunista, sino en el grupo izquierdista intelectualmente más serio de los años treinta, la Escuela de Fráncfort de filósofos, psicólogos y teóricos sociales alemanes emigrados, que transformaron el concepto de fascismo, que pasó de ser una fuerza o fuerzas políticas en la Europa contemporánea a convertirse en una «afección psíquica» o tentación permanente de toda la cultura occidental. Este ejercicio de prestidigitación intelectual magnificó enormemente el estado potencial o latente del fascismo incluso más allá de la metástasis política generada en la propaganda de la Comintern. Los ideólogos de la Escuela de Fráncfort crearon su «Teoría Crítica» para el análisis de toda la historia, cultura, instituciones, sociedades y políticas occidentales, basándose no en la economía marxista, sino en la adaptación de la psicología freudiana, empujando esta última «en una dirección visionaria que el propio Freud no habría reconocido jamás», ofreciendo análisis cultural disfrazado de crítica social y política. Theodor Adorno y Max Horkheimer adaptaron luego el marxismo a su «dialéctica negativa», «según la cual las instituciones sociales y culturales existentes estaban expuestas a un asalto crítico» sobre una base ininterrumpida.

Dentro de esta crítica revestía una importancia fundamental el peligro del «fascismo», junto con la tipología que inventaron mediante la creación de una arbitraria «escala F» para medir algo que bautizaron como «La Personalidad Autoritaria» (TAP, por sus siglas en inglés), que pretendía valorar hasta qué punto cualquier persona podría mostrarse literalmente propensa al «fascismo». Estas peligrosas proclividades, según los teóricos francfortianos, acechaban casi en todas partes. Sólo podían superarse acabando con el capitalismo avanzado, siempre y cuando eso pudiera conseguirse al mismo tiempo que la completa liberación sexual, ya que su teoría mantenía que el fascismo no se basaba simplemente en el capitalismo, sino en la represión sexual. Como cuasifreudianos o pseudofreudianos, ignoraron por regla general el mandamiento freudiano básico de que «la represión y redirección de deseos primarios eran necesarias para la civilización humana». El hecho de que la crítica TAP se dirigiera especialmente no a sociedades fascistas o posfascistas, sino «a una sociedad estadounidense que se pensaba que estaba adoleciendo de un déficit de democracia» fue algo característico de los teóricos francfortianos. Inmediatamente después de lograr la total destrucción del fascismo europeo, sostuvieron que la sociedad y la cultura estadounidenses fueron las generadoras de su propio «fascismo». Estas teorías han sido ampliamente expresadas y elaboradas en el discurso y las políticas de la izquierda por todo el mundo occidental durante el último medio siglo, dirigidas no simplemente contra la sociedad y la cultura de Estados Unidos, sino también contra las de Europa Occidental.

El antifascismo radical no prendió en ningún lugar con tanta fuerza como en Alemania, que fue brevemente el escenario del fascismo más radical. La «hermenéutica de la sospecha» creada por las teorías críticas del antifascismo deslegitimaron la invocación al patriotismo alemán y dominaron por completo la vida cultural y política en la República Federal Alemana, mientras que en la República Democrática Alemana el antifascismo pasó a disfrutar de una posición incluso más predominante. Tras quedar públicamente desacreditado el estalinismo en 1956, el antifascismo tendió cada vez más a ocupar el lugar del marxismo-leninismo en la legitimación de la ideología y la práctica del régimen.

Así, la existencia del fascismo no resultaba en absoluto necesaria a fin de generar el más intenso antifascismo. Podría recrearse artificial pero dramáticamente como un peligro presente de forma permanente y que acechaba de forma perpetua. En lugar de dirigirse contra el fascismo, el antifascismo era un concepto y un estandarte propagandístico que en algunos sentidos resultaba más útil e intenso en su aplicación cuanto más se alejaba cualquier sociedad concreta del fascismo, un símbolo por antonomasia para la izquierda mucho después de que las clases sociales tradicionales, el marxismo clásico o el propio fascismo hubiesen desaparecido. En España, la izquierda se declaró más «antifranquista» en 2016 (después de que la memoria viva del franquismo hubiese virtualmente desaparecido) que en 1980 o 1985, cuando el franquismo había sido una realidad reciente.

En términos más amplios, el pseudocientifismo de estos teóricos proporcionó el sustento para lo que dio lugar en última instancia al muy amplio concepto izquierdista de la «patologización de la disconformidad» en la segunda mitad del siglo XX y más allá. El primer neofascismo realmente peligroso con esta rúbrica se descubrió en Estados Unidos en los años cincuenta. Desde aquel momento, esta hermenéutica habitual de la sospecha ha seguido encontrando neofascistas debajo de cada cama, a pesar de que cada caso concreto haya resultado ser una falsa alarma. Sin embargo, una historia continuada de perpetuo fracaso no consigue impartir nunca una lección beneficiosa,

aparentemente por dos razones. Una es la singular incapacidad de pensamiento de los «muertos vivientes» atrapados en los inertes paradigmas de la izquierda del siglo XX. La segunda es el dilema de los académicos intelectualmente estancados y atrapados en sus actividades fetichistas, incapaces de encontrar el camino que les conduzca hacia algún tipo de trabajo nuevo y significativo.

Stanley G. Payne es historiador y catedrático emérito en la Universidad de Wisconsin-Madison. Sus últimos libros publicados son *¿Por qué la República perdió la guerra?* (trad. de José Calles, Madrid, Espasa, 2011), *Civil War in Europe, 1905-1949* (Nueva York, Cambridge University Press, 2011); *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX* (trad. de Jesús Cuéllar, Madrid, Temas de Hoy, 2011), *Franco. Una biografía personal y política* (con Jesús Palacios; Madrid, Espasa Calpe, 2014), *El camino al 18 de julio* (Barcelona, Espasa, 2016) y *Alcalá-Zamora. El fracaso de la República conservadora* (Madrid, Gota a gota, 2016).

Traducción de Luis Gago
Este texto ha sido escrito por Stanley Payne
especialmente para *Revista de Libros*